

LA IDOLATRÍA EN LA ACTUALIDAD ¿DÓNDE ESTÁ?

J. C. Ryle (1816-1900)

“Huid de la idolatría” (1 Corintios 10:14).

Permítanme mostrar las formas que la idolatría ha tomado y toma [hoy] en la iglesia visible. ¿Dónde está? Parece que los apóstoles esperaban que la idolatría apareciera, aun antes de haberse cerrado el canon del Nuevo Testamento. Es admirable observar cómo San Pablo hace hincapié en este tema en su primera epístola a los Corintios. Si cualquier corintio llamándose hermano era idólatra, el Apóstol mandó: “Con el tal ni aun comáis” (1 Co. 5:11). “Ni seáis idólatras, como algunos de ellos [refiriéndose a sus antepasados]” (1 Co. 10:7). Dice nuevamente en el texto que encabeza este escrito: “Amados míos, huid de la idolatría” (1 Co. 10:14). Igualmente, cuando les escribe a los Colosenses, les advierte contra el “culto a los ángeles” (Col. 2:18). Y San Juan concluye su primera epístola con el solemne mandato: “Hijitos, guardaos de los ídolos” (1 Jn. 5:21). Es imposible dejar de sentir que todos estos pasajes implican una expectativa de que pronto, muy pronto, habría idolatría entre quienes profesaban ser cristianos.

La famosa profecía en el cuarto capítulo de la Primera Epístola a Timoteo, contiene un pasaje que es todavía más directo: “El Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios” (1 Ti. 4:1).

El último pasaje que quiero hacer notar es la conclusión del noveno capítulo de Apocalipsis. Leemos en el versículo veintinueve: “Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los

demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar” (Ap. 9:20). Me atrevo a afirmar que es muy probable que estas plagas caerán sobre la iglesia visible de Cristo y que lo más improbable es que San Juan estuviera aquí profetizando acerca de los paganos que nunca han oído el evangelio.

Y ahora, si dejamos los hechos [históricos] de la Biblia, ¿qué vemos? Respondo sin vacilar que existen pruebas indubitables de que las advertencias y predicciones de las Escrituras no fueron dadas sin razón y que la idolatría, de hecho, ha aparecido en la iglesia visible de Cristo y que todavía existe.

La Iglesia Anglicana ha resumido muy bien en la homilía “Contra el peligro de la idolatría”, el tema de la aparición y el avance de la maldad en el pasado. Leemos allí, que aun en el siglo IV, Jerónimo se queja “de que se han introducido los errores de las imágenes cuando pasaron de los gentiles a los cristianos” y Eusebio dice: “Vemos que se han pintado cuadros con las imágenes de Pedro y Pablo, y de nuestro Salvador mismo; pienso que se han derivado y luego mantenido como una costumbre pagana sin que el pueblo de Dios fuera consciente de ello”. Allí leemos cómo “Poncio Paulino, obispo de Nola, hizo que en las paredes de los templos se pintaran cuadros con las historias tomadas del Antiguo Testamento, a fin de que la gente al verlas y pensar en ellas, controlaran sus excesos y desenfrenos. Pero el aprendizaje por medio de cuadros históricos se fue transformando poco a poco en idolatría”. Allí podemos leer que Gregorio Primero, obispo de Roma, al principio del siglo VII, permitió el uso indiscriminado de imágenes en las iglesias. También leemos en la misma homilía cómo Irene, madre de Constantino Sexto, reunió en el siglo VIII un concilio en Nicea y consiguió un edicto que estipulaba que “deben colocarse imágenes en todas las iglesias de Grecia y se debe honrar y

adorar a las mismas”. Leemos también la conclusión de la homilía, que es un resumen histórico en que, tanto eruditos como analfabetos, laicos, clérigos, hombres, mujeres y niños de todas las edades, clases y posiciones de la cristiandad, se han ahogado durante un espacio de más de 800 años en una idolatría abominable. De todos los vicios, el que más detesta Dios es la idolatría, por el cual condena al hombre.

Éste es un hecho triste, pero muy cierto. Puede haber poca duda de que la iniquidad comenzó aun antes de la época recién mencionada por los autores de la homilía. Opino que nadie que considera calmadamente la reverencia excesiva que se le daba desde el principio a las partes *visibles* de la religión, no se sorprenderá por el surgimiento de la idolatría en la iglesia primitiva. Creo que nadie que sea imparcial puede leer el lenguaje usado por casi todos los Padres de la iglesia cuando hablan en general de la iglesia, los obispos, el ministerio, el bautismo, la Cena del Señor y los mártires ya partidos. No, nadie puede leer todo esto sin ser impactado por la gran diferencia entre su lenguaje y el lenguaje de las Escrituras referente a estos temas. El lector parece estar inmediatamente en un ambiente nuevo. Siente que ya no pisa tierra santa. Se encuentra con que las cosas que en la Biblia son evidentemente de segunda importancia, aquí son de primera importancia. Se encuentra con que las cosas de los sentidos y la vista son exaltadas a una posición que Pablo, Pedro, Santiago y Juan, hablando inspirados por el Espíritu Santo, en ningún momento les dieron. No es meramente la debilidad de escritos no inspirados de lo que uno tiene que quejarse; es algo peor: *Es un nuevo sistema*. ¿Y cómo se explica todo esto? Es, en una palabra, que uno ha entrado a una región donde la malaria de la idolatría ha comenzado a surgir. Uno percibe las primeras obras del misterio de iniquidad. Detecta los brotes de ese enorme sistema de idolatría que, como la homilía lo describe,

fue más adelante reconocido formal y en última instancia, como algo que floreció con gran lujo en cada sector de la cristiandad.

Pero pasemos ahora del pasado al presente. Examinemos la cuestión que más nos concierne. Consideremos en qué forma se nos presenta la idolatría como un pecado de la iglesia visible de Cristo en nuestra propia época.

No me resulta difícil contestar esta pregunta. No vacilo en afirmar que la idolatría nunca ha tomado una forma más flagrante que *en la iglesia de Roma en la actualidad*.

Y acá llego a un tema del cual, por los tiempos en que vivimos, es difícil hablar. La verdad, en su totalidad, debiera ser dicha por los ministros de Cristo, sin importar los tiempos y prejuicios. Lo digo con mucha tristeza. Lo digo, reconociendo totalmente que en la iglesia protestante tenemos nuestras faltas; que en la práctica, quizá en algunos sectores, no poca idolatría. Mientras que, en lo que atañe a la iglesia de Roma, si no hay una enorme cantidad de idolatría sistemática y organizada, confieso, francamente, que no sé qué es idolatría.

A mi modo de entender, es idolatría tener imágenes y cuadros de santos en las iglesias y reverenciarlos de un modo que no tiene justificación ni precedentes en las Escrituras. Y si esto es así, afirmo que hay *idolatría en la iglesia de Roma*.

A mi modo de entender, es idolatría invocar a la Virgen María y a los santos en gloria, y dirigirse a ellos de una manera que jamás aparece

en las Escrituras, excepto para dirigirse al Espíritu Santo. Y si esto es así, afirmo que hay *idolatría en la iglesia de Roma.*

A mi modo de entender, es idolatría inclinarnos ante cosas materiales y atribuirles un poder y santidad que exceden, por mucho, a la que se atribuía al arca o al altar en la dispensación del Antiguo Testamento, y un poder y también santidad para los cuales no hay ni un ápice de fundamento en la Palabra de Dios. Y si esto es así, afirmo que hay *idolatría en la iglesia de Roma.*

A mi modo de entender, es idolatría adorar algo hecho por manos de hombres, llamarlo Dios y adorarlo cuando lo levantan ante nuestros ojos. Y si esto es así, junto con la doctrina notoria de la transubstanciación y la elevación de la hostia, afirmo que hay *idolatría en la iglesia de Roma.*

A mi modo de entender, es idolatría hacer de los hombres ordenados para el ministerio, mediadores entre nosotros y Dios, quitándole, por así decir, a nuestro Señor Jesucristo su oficio y dándoles el honor que, aun los apóstoles y los ángeles, repudian lisa y llanamente en las Escrituras. Y si esto es así, por la honra que veo se da a papas y sacerdotes, afirmo que hay *idolatría en la iglesia de Roma.*

Sé que leer esto puede ser doloroso para muchos. En cuanto a mí, no me da ningún placer hablar de las faltas de alguien que profesa ser cristiano y se identifica como tal. Puedo decir, sinceramente, que he dicho lo que he tenido que decir con dolor y tristeza.

Creo y espero que más de un católico romano piensa distinto en su corazón, de lo que enseña su iglesia y sabe que merece una iglesia

mejor... Creo que muchos pobres [católico romanos] practican hoy una adoración idólatra, sencillamente porque no conocen otra cosa. No tienen Biblia que les instruya. No tienen un pastor fiel que les enseñe... pero nada de esto me impide decir que la iglesia de Roma es una *iglesia idólatra*.

No sería yo fiel si dijera menos... y en un día como éste, cuando algunos están dispuestos a separarse de la iglesia de Roma y, muchos otros, cierran los ojos a su verdadero carácter queriendo que nos volvamos a unir con ella, en un día como éste, mi propia conciencia me reprocharía si no advirtiera claramente a los hombres que la iglesia de Roma es una iglesia idólatra y que si se unen a ella, estarán *uniéndose a ídolos*.

Y ahora, permítanme mostrar *la abolición definitiva de toda idolatría*. ¿Cuándo será? ...Aquí, como en otros temas, la palabra segura de profecía viene en nuestra ayuda. Un día llegará el fin de toda idolatría. Su final ha sido decidido. Su derrocamiento es cosa segura. Ya sea en templos paganos o en supuestas iglesias cristianas, *la idolatría será destruida en la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo*.

La Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo es esa esperanza bendita que debe reconfortar siempre a los hijos de Dios bajo la presente dispensación... ese es el único día cuando cada abuso será rectificado y cada corrupción y fuente de dolor será completamente erradicada. En la espera de aquel día, sigamos trabajando y sirviendo a nuestra generación; no seamos ociosos, como si no pudiéramos hacer nada para detener la corrupción; no nos desanimemos porque no vemos aún todas las cosas sujetas a nuestro Señor.

Si estas cosas son ciertas, los hombres no se sorprendan porque les advertimos que se cuiden de toda inclinación hacia la iglesia de Roma.

Para empezar, mantengo que este movimiento romano debe ser constante y firmemente resistido. No importa la posición, ni la erudición, ni la consagración de algunos de sus defensores, la considero un movimiento muy malicioso, destructor de almas y anti-bíblico.

La unidad en lo abstracto es, sin duda, algo excelente, pero unidad sin verdad es inservible. La paz y uniformidad son hermosas y valiosas; pero paz sin evangelio —paz basada en un episcopado y no en una fe compartida— es una paz *sin valor*, que ni merece ese nombre.

Vivimos en una época cuando la iglesia de Roma se pasea entre nosotros con una fuerza renovada, alardeándose a viva voz de que pronto volverá a recuperar el terreno perdido. Nos presenta continuamente doctrinas falsas de todo tipo y prácticas sutiles y engañosas... por lo que nadie puede pensar que estoy fuera de lugar si ofrezco algunas medidas preventivas contra la idolatría. Explicaré cómo podemos protegernos contra ella y con esto terminaré.

(1) Armémonos, primeramente, con *un conocimiento profundo de la Palabra de Dios*. Leamos nuestra Biblia con más diligencia que nunca y familiaricémonos con cada parte de ella. Dejemos que la Palabra more ricamente en nosotros. Cuidémonos de cualquier cosa que nos quite tiempo y deseos de recorrer sus páginas sagradas. La Biblia es la espada del Espíritu, no la dejemos jamás a un lado. Si acaso alguna vez lo hacemos para tomar algún atajo, por más hermoso, antiguo y frecuentado

que parezca, no nos sorprendamos si terminamos adorando imágenes y reliquias y yendo regularmente al confesionario.

(2) Armémonos, en segundo lugar, *con un celo santo por las porciones aún más pequeñas del evangelio*. Cuidémonos de aprobar el intento, por más pequeño que sea, de ocultar o restarle importancia o ignorar cualquier parte de éste y exaltar temas secundarios. El que Pedro se abstuviera de comer con los gentiles, parece algo pequeño, no obstante Pablo les dice a los gálatas: “Le resistí cara a cara, porque era de condenar” (Gá. 2:11). *No les quitemos importancia a nada que tenga que ver con nuestra alma*. Seamos muy cuidadosos a quién escuchamos, dónde vamos y lo que hacemos en todas las cuestiones concernientes a nuestra propia adoración personal. Vivimos en una época cuando las pequeñas acciones y cosas involucran grandes principios de la fe que, cincuenta años atrás, no se ponían en tela de juicio, pero que ahora sí, debido a las circunstancias. Cuidado con jugar con algo que tenga una tendencia romana. Es necio jugar con el fuego. Creo que muchos de nuestros pervertidos y rebeldes empezaron pensando que no había nada de malo en adjudicar un *poco* más de importancia a ciertas cosas externas que la que hasta entonces les estaban adjudicando. Pero una vez que se lanzaron por un camino cuesta abajo, siguieron bajando de una cosa a otra. ¡Provocaron a Dios, y él los dejó a sus propias expensas! Los entregó a grandes engaños y los dejó creer una mentira (2 Ts. 2:11). ¡Tentaron al diablo, y él se acercó a ellos! Comenzaron con pequeñeces, como muchos necios las llaman. Y han terminado en una flagrante idolatría.

(3) Armémonos, en último lugar, *con conceptos claros y correctos acerca de nuestro Señor Jesucristo y la salvación en él*. Él es “la imagen del Dios invisible” (Col. 1:15), expresamente “la imagen misma de su sustancia” (He. 1:3). Él es el verdadero antídoto contra la idolatría cuando realmente

lo conocemos. Edifiquémonos sobre el fundamento profundo de su obra consumada en la cruz. Determinemos, decididamente, de una vez por todas, que Cristo Jesús ha realizado *todo* lo necesario para presentarnos sin mancha ante el trono de Dios. Aceptemos que la fe sencilla como la de un niño es lo único que se requiere para gozar de todos los beneficios de la obra de Cristo. No dudemos que, teniendo fe, somos completamente justificados a los ojos de Dios; nunca seremos más justificados que esto, aunque tengamos la edad de Matusalén y hagamos las obras del apóstol Pablo. No **podemos** agregar nada, ni acciones, obras, palabras, ayunos, oraciones, obras de caridad, asistencia a los cultos y participación de las ordenanzas, ni ninguna otra cosa a nuestra a la justificación ya consumada.

Sobre todo, ¡permanezcamos en comunión continua con la persona del Señor Jesús! Permanezcamos en él diariamente, confiemos en él diariamente, apoyémonos en él diariamente, vivamos para él diariamente, tomemos de su plenitud diariamente. En cuanto le demos al Señor Jesús el lugar que le corresponde en nuestros corazones, *todas las demás cosas en nuestra fe, ocuparán pronto el lugar que les corresponde*. La iglesia, los pastores y las ordenanzas pasarán al segundo lugar que les corresponde.

A menos que Cristo sea Sacerdote y Rey en el trono de nuestros corazones, ese pequeño reino interior estará perpetuamente en confusión. Pero sólo dejemos que sea Cristo allí “el todo en todo” y todo estará bien. Ante él caerá todo ídolo. ***Cristo conocido correctamente, Cristo creído de verdad y Cristo inmensamente amado es el auténtico antídoto contra el ritualismo, el romanismo y toda forma de idolatría.***

J. C. Ryle (1816-1900): Obispo de la Iglesia Anglicana. Descrito alguna vez como “un hombre de granito con el corazón de un niño”. Spurgeon lo llamaba “el mejor en la Iglesia Anglicana”. Reverenciado autor de *Holiness*, *Knots Untied*, *Old Paths*, *Expository Thought son the Gospels* (Santidad, Nudos desatados, Sendas antiguas, Pensamientos expositivos sobre los Evangelios) y otros. Nacido en Macclesfield, condado de Cheshire, Inglaterra.

Tomado de la Revista “Portavoz de la Gracia” No. 17, si quieres leer más materiales de J.C. Ryle y otros autores puedes visitar el Blog Soldado de Jesucristo [en este enlace](#).

https://www.facebook.com/soldadojesucristo2/?refid=52&_tn=C%20